

tuvo el uso —y abuso— de los mecanismos extrapresupuestarios de intervención pública, en definitiva la regulación económica de los mercados y el control de la producción que, si bien barata para el tesoro, fueron muy lesivas para los consumidores que tenían que pagar precios muy superiores a los del mercado internacional. Las terribles secuelas de las regulaciones económicas del Estado fueron especialmente patentes durante el franquismo. La marcha atrás en este proceso, la desregulación, tuvo que esperar a la llegada de la democracia y, sobre todo, a la entrada de España en la CEE, pero por inercias difícilmente asumibles, y como contraste, se ha producido un engrandecimiento presupuestario de las Administraciones públicas.

En un segundo apartado el autor analiza la trayectoria de la fiscalidad en la España contemporánea, que caracteriza sintéticamente como la historia de un retraso, retraso en gran parte debido a obstáculos políticos. De la diferencia entre gasto e ingreso, el déficit público ha sido norma que no excepción, por lo que la forma de nivelación presupuestaria obvia es la emisión de Deuda pública, también analizada por el autor, tanto en sus ciclos históricos como en los sistemas de gestión.

Pero no hay que olvidar que la obra comentada trata de la Hacienda pública, por lo que también trata en su capítulo cuarto de las haciendas locales y de su endeblez crónica, lo que conlleva unos tradicionalmente deficientes servicios.

Al tratar del sector público también trata de la Seguridad Social. Así nos traza la historia de los sistemas de previsión desde la caridad del Antiguo Régimen, pasando por la beneficencia liberal, a la época de los seguros sociales y su difícil integración en la Seguridad Social universal y redistributiva, que en España apareció tarde, lo que para Comfín se relaciona directamente con la inestabilidad social y el atraso económico.

En definitiva, estos dos libros, que pueden leerse conjunta o separadamente, son de especial interés tanto para historiadores como para economistas, a los primeros por permitir de forma sencilla la comprensión de variables de análisis que normalmente nos quedan lejanas de la disciplina y a los segundos porque ilustran históricamente muchos de los problemas del presente, pero con inequívocas raíces en el pasado.

Eduardo J. Alonso Olea

Rafael CRUZ y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997.

La cultura está de moda en las ciencias sociales. No hay duda. Tras varias décadas de dominio intelectual de estructuralismos de corte economicista y/o político, cada vez es más habitual en disciplinas tales como la historia o la sociología el reconocimiento de la cultura como una variable insoslayable en el escrutinio del devenir social. El estudio de la movilización social se nos presenta, de entre todos los campos de estudio susceptibles de ganar en riqueza explicativa, como

un terreno extraordinariamente fructífero en el que ponderar el peso de la cultura en la naturaleza, dirección e intensidad de la acción protagonizada por los distintos sujetos colectivos. Este giro culturalista ha ejercido una profunda influencia en las ciencias sociales en el curso de los últimos años. En el campo historiográfico, por ejemplo, el énfasis distintivo de lo que se ha venido a denominar «nueva» historia social ha sido el desplazamiento en la primacía explicativa de las variables demográficas, económicas y políticas en beneficio de otras de carácter cultural a la hora de abordar la formación de aquellas identidades colectivas que entran en confrontación con las autoridades en pos de sus intereses y mundos valorativos compartidos. Un desarrollo similar ha tenido lugar en la sociología, donde la emergencia de los nuevos movimientos sociales (ecologismo, feminismo, pacifismo,...) a partir de los años sesenta estimuló la consideración de la cultura como un terreno simbólico de conflicto en el que los actores colectivos invierten sus energías. Así pues, desarrollos paralelos en estas dos disciplinas, y en otras como la antropología o la psicología social, son los principales responsables de que, como afirma Rafael Cruz en la introducción al volumen (en diálogo implícito con Theda Skocpol y el proyecto epistemológico por ella liderado de situar al Estado en el primer plano del acontecer social) la cultura haya regresado al primer plano de la acción y movilización colectiva. Un regreso al que podríamos decir que los autores que contribuyen a la obra *Cultura y movilización en la España contemporánea* se suman con entusiasmo.

Sin embargo, ninguno de los colaboradores cae en la tentación de reemplazar un determinismo económico (al estilo de ciertas versiones del marxismo) o, en su caso, político (como en ocasiones se deduce de los análisis de la acción colectiva elaborados por los autores adscritos al enfoque del proceso político) por otro determinismo de carácter cultural. Los editores de la obra son especialmente cuidadosos en la prevención de este riesgo. Tanto Manuel Pérez Ledesma en su breve ensayo de presentación y en su contribución acerca de la formación de la clase obrera, como Rafael Cruz en su ensayo introductorio, nos advierten de los riesgos de echar por la borda los avances conseguidos en la identificación de los factores económicos y políticos que subyacen a las movilizaciones colectivas. En efecto, los editores reconocen la raíz estructural de los conflictos sociales, pero apostillan a continuación que dichos conflictos no tienen un carácter objetivo ni tampoco están indefectiblemente abocados a desencadenar episodios de movilización social y política. Más bien, el punto de vista consensuado por todos los autores es que los conflictos son susceptibles de «manipulación» por parte de los propios actores desde el momento en que son ellos mismos quienes interpretan, perciben y definen la realidad en la que se encuentran inmersos. En definitiva, son los propios actores los encargados de «construir» activamente la realidad social, sacudiéndose todo tipo de determinismos encorsetadores. Al adoptar esta perspectiva epistemológica, puede afirmarse que los contribuidores de la obra se suman a un enfoque constructivista de la acción y movilización colectiva.

En un nivel más concreto, las distintas colaboraciones que integran el volumen colectivo subrayan distintos recursos culturales que han servido para activar primero, y después sostener en el tiempo, desafíos colectivos en la España con-

temporánea. La principal virtualidad de dichos recursos culturales (entre los que figuran en lugar prominente a lo largo del texto las identidades colectivas, los discursos políticos, los códigos culturales, los marcos interpretativos, los lenguajes de clase, las formas y rituales de movilización, los mitos, la memoria colectiva o el miedo) estriba en que ponen a disposición tanto de los actores colectivos como de los individuales marcos interpretativos y de significado de los acontecimientos pasados, presentes y futuros. Todos estos recursos integrarían, desde este punto de vista, una «caja de herramientas» (en feliz expresión de Ann Swidler) a la que los sujetos colectivos pueden recurrir cada vez que se presenta una coyuntura favorable para emprender la movilización social, por ejemplo cuando existen aliados influyentes del sistema político dispuestos a contribuir al esfuerzo movilizador de los agentes sociales y cuando éstos cuentan con una infraestructura organizativa sólida y efectiva.

Además de sacarla del ostracismo, e incluso menosprecio, en que se encontraba como variable explicativa en el acontecer social, otra virtualidad añadida de revalorar la cultura en los estudios sobre movilización social y política es la de dignificar y, podríamos decir, «normalizar». la acción política no convencional, denostada durante un largo período por los enfoques del comportamiento colectivo y de la sociedad de masas, para quienes este tipo de intervención en el proceso de cambio social hundía sus raíces en la irracionalidad y anomía sufrida por los individuos en las sociedades modernas. En palabras de R. Cruz, «el regreso de la cultura al primer plano se enmarca [...] en unas premisas sobre la acción colectiva entendida como una forma de participación social más, tan regular y regulada como la participación política convencional» (p. 34).

Sólo desde estas premisas culturalistas establecidas por los editores (y a las que los distintos autores, en general, se ajustan sin fisuras) es posible detectar el hilo conductor que recorre los capítulos del texto. En efecto, la consideración de la cultura como una variable fundamental en la activación y persistencia de la movilización social y política es el común denominador de objetos de estudio aparentemente tan dispersos como los que merecen la atención de los colaboradores de la obra, a saber: los procesos de formación de identidades nacionales a lo largo de dilatados períodos de tiempo (J. Álvarez Junco para el caso del nacionalismo español considerando cuatro episodios bélicos vividos en los siglos XIX y XX, y Josetxo Beriain en su esfuerzo por desvelar las representaciones culturales y políticas que configuran la identidad política vasca) o en coyunturas específicas (este es el problema que aborda P. Radcliff en su interpretación de la debilidad articuladora de la identidad nacional española identificada con la República en relación con la identidad promovida por la «otra» España); el proceso de formación cultural de la identidad colectiva de la clase obrera a lo largo del tiempo (M. Pérez Ledesma); fenómenos de larga duración, como son la persistencia del anticlericalismo en la España contemporánea, tema en el que abunda D. Castro Alfín, o el carlismo en cuanto cultura política que produce y reproduce una cosmología en el seno de distintas instancias socializadoras, sobre todo la familia (tema que elabora J. Canal); una interpretación del republicanismo español en cuanto referente cultural que estimula la acción colectiva de aquellos sectores sociales que, objetiva

o subjetivamente, se encontraban en la periferia del proceso político (A Duarte); movilizaciones en épocas de extraordinaria agitación social, en las que factores como el miedo a la actividad sindical condicionó decisivamente la actividad de los empresarios y propietarios entre 1916 y 1923 (F. del Rey Reguillo) o las repercusiones que tuvieron en la acción colectiva de la España de entreguerras las distintas interpretaciones sobre la experiencia revolucionaria soviética (R. Cruz); el peso de la memoria colectiva de la Guerra Civil en las movilizaciones por la amnistía política durante el período de transición a la democracia (P. Aguilar Fernández); y, por último, el estudio de la participación política en la década de los ochenta (M.L. Morán).

En definitiva, *Cultura y movilización en la España contemporánea* es un texto excelentemente trabado cuyas contribuciones responden fielmente al programa de investigación declarado por los editores. Una tarea harto complicada habida cuenta, primero de la diversidad temática y, segundo, de la procedencia disciplinaria de los contribuidores (historiadores en su mayoría, pero también sociólogos y politólogos). El resultado es una obra que engarza con los desarrollos más recientes del debate internacional sobre acción colectiva y movilización social y política. Una obra que, sin duda, marca una senda para interpretar y comprender las experiencias movilizatorias en la España contemporánea.

Jesus Casquette

LA MUJER EN LA INMIGRACIÓN MAGREBÍ. (IV Jornadas de Inmigración Magrebí, Murcia 8-9 abril 1997)

En 8 y 9 de abril de 1997 tuvo lugar en Murcia las IV Jornadas de Inmigración Magrebí, monográficas sobre la mujer inmigrante.

Acontecimientos recientes han venido a demostrar que la mujer se halla en el centro mismo del actual conflicto entre tradición y modernidad que aqueja a nuestros vecinos meridionales. De forma que en la actitud que ellas adopten en el futuro cifran ambas partes sus mejores esperanzas de éxito.

De hecho las mujeres magrebíes sufren los efectos de una profunda contradicción. De un lado, con la descolonización de sus respectivos países, a la que por cierto contribuyeron destacadamente con su esfuerzo y sacrificio, accedieron por vez primera a la plenitud de los derechos civiles. Pero de otro, en la práctica, ha sido mantenido tenazmente el *status* de subordinación que le fuera propio en la sociedad tradicional.

El actual reavivamiento del fundamentalismo islámico no ha hecho sino afianzar y fortalecer esa contradicción, hasta el punto de ser hoy la mujer referencia obligada (y acaso también la más dramática) en la generalizada confrontación que vive el Magreb (y en general el mundo árabe e islámico) entre tradición y modernidad. Tanto es así que ellas son invocadas por las partes confrontadas